

Capítulo VIII: la verdad ontológica y la analogía del ser.

VIII - 1. El nivel del ser y el nivel de las cualidades.

Instalémonos, pues, en nuestra base: la conciencia del propio ser, la experiencia pura del “yo soy” contemplado como fundamento y fuente de toda nuestra vida. Ahora bien, instalarse en el ser es instalarse en un nivel de vida y actuación vital distinto y superior al de las meras cualidades personales. Las cualidades pertenecen al modo práctico de funcionar de la persona. La agilidad corporal o la simpatía personal son cualidades. Que si coinciden en una misma persona, llamémosla Tomás, pueden convertirla, por ejemplo, en alma de un grupo nutrido de futing diario. Este sería el modo práctico de funcionar de Tomás. Tomás, cuando ha ido invitando a unos y a otros a formar el grupo de atletas, no buscaba ser más, sino simplemente activar sus cualidades; y mientras lo organiza y dirige, no es consciente de su ser, ni pretende que sus actuaciones y satisfacciones fluyan puramente de ese su ser y en él ellas y él mismo descansen, antes que en el mero gozo de ejercitar su apetito vivencial. Descansar en el ser es un habitual estarse consigo mismo, quieto y calmadas todas las pretensiones de encontrar la felicidad, porque la felicidad ya ha advenido: la felicidad es mi propio ser que está conmigo idéntico a sí mismo desde el principio de mi vida.

Pero Tomás no es consciente de su ser. Vive a nivel de cualidades, a nivel de funcionamiento práctico: en términos filosóficos diríamos “a nivel de pura esencia formal”. En ella, en efecto, en la esencia formal –que, en nuestro caso, podemos llamar también “naturaleza”- radican las potencialidades de actuación, es decir, las cualidades. Para entenderlo de alguna manera, pensemos que las buenas cualidades no nos hacen por sí mismas ser más, sino que afectan simplemente a nuestro tener. Gracias a las buenas cualidades tenemos a mano determinados recursos de actuación y “navegación” por el mundo, de los que carece el que no las tiene. Y podemos muy bien limitar nuestra atención a esos recursos sin elevar el nivel y significado de nuestra vida más arriba de la mera satisfacción de sentirnos actuando nuestras cualidades, inmersos en una comunidad que también las actúa y disfruta con ello.

VIII - 2. Tomás tiene la experiencia de una situación extrema.

Vivimos, pues, instalados en el apetito vivencial, hasta que nos ocurre lo que a Tomás. Que fue que un buen día, de charla con sus compañeros mientras corre, escucha de uno de ellos el relato de un drama familiar, insospechado para él. Excúseme el discreto lector de escenificar el drama. Apele a las muchas veces que él mismo, como cualquier persona medianamente experimentada, se han desengañado de la apariencia de "normalidad" que ofrecemos en nuestra convivencia social, para concluir que cada ser humano esconde un drama con frecuencia mucho más grave de lo que él mismo sabe ni puede saber. Tomás sufre en su alma una sacudida de dolor, compasión y realismo que pone en su lugar, relativo e intermediario, su actividad deportiva y le abre de golpe a una situación extrema. La utilidad cede ante la verdad, la satisfacción vivencial y convivencial ante una urgencia abrumadora por ayudar al prójimo, la descansada somnolencia que le produce lo placentero del camino de su vida carente de una meta clara, ante el desvelo inquieto de saberse abocado a una meta final inexorable cuyo verdadera imagen se escapa de toda humana prefiguración.

La experiencia de Tomás contiene una llamada: la vocación de todo ser humano a vivir a nivel de ser, superando el nivel de funcionamiento práctico de las cualidades.

VIII - 3. La instalación en el ser nos abre a la verdad ontológica.

Para quien vive y actúa habitualmente desde el ser, la verdad –como cualquier otra cualidad de las cosas- es antes la verdad del ser que la verdad de la forma. Para él la verdad no es simplemente la adecuación de lo que decimos o pensamos con la realidad, que es lo que llamo "verdad de la forma"; sino que la verdad es el reflejo en las cosas –y sobre todo en el corazón y vida humanos- de la verdad del ser absoluto: que *es*, con un peso y autenticidad de ser infinitos. La verdad del ser es la verdad ontológica, que, para guardar un paralelismo con la verdad lógica o formal, ha solido definirse como la adecuación de las cosas con la mente divina. La definición es válida, pero aparenta un equilibrio que, analizada a fondo, difícilmente contiene. ¿Qué balanza mantiene el equilibrio si en uno de sus platillos ponemos el mismo ser divino (que no otra cosa es la mente divina)? Fuera de todo cómodo equilibrio, la verdad ontológica es, en el fondo, el mismo ser divino cayendo a plomo sobre el mío y embargándolo con su realidad y su importancia infinitas e incommovibles.

Cuando la verdad ontológica consigue embargarnos, todo nuestro ser se hace verdad; quedan al descubierto las astucias del amor propio, y relativizado el valor de la vida instalada en el ejercicio de las cualidades y el apetito vivencial. Entonces entendemos cuál es el nivel de ser y en qué consiste el instalarse en él. Iniciamos una nueva vida en la que el espíritu se hace una presencia y nos hacemos conscientes de que somos capaces de vivirla sin serlo para describirla, y que incluso debemos reconocer en ella ciertos aspectos propiamente inefables.

VIII - 4. El mundo tridimensional.

El ser profundo de la persona humana, es decir, el espíritu es, por grandioso, misterioso. Pero oculta sus misterios a quien se resista pertinazmente a entrar en él y opte por permanecer de por vida enredado en el apetito vivencial. Para él, ni la vida ni las personas adquirirán nunca su tercera dimensión. El mundo de los humanos está para ellos poblado de seres bidimensionales y unívocos. No han descubierto ni la profundidad ni la analogía de la persona humana. Para ello, para descubrir la analogía, es necesario haber probado el cáliz –al principio amargo- de la verdad ontológica, que nos ofrece el ángel que nos depara la experiencia de una situación extrema. Amargo porque nos desarma y nos deja a merced de una Verdad, que no puede, es verdad, dejar de ser sentida como Bien, pero que nos compromete y nos somete, allá precisamente donde nosotros pensábamos tenerla ya dominada y sometida. El ser se agranda imponentemente y se nos escapa de las manos. La persona adquiere seriedad e importancia rayanas en la infinitud. No sabemos ya si esa persona, abrumada por una situación extrema o crecida por la heroicidad de haberla hecho frente, es la que era o es otra distinta. Su ser íntimo se ha transformado. No guarda univocidad con su anterior ser. Es un ser análogo. No “es” del mismo modo. Es de modo distinto: a lo más, semejante.

VIII - 5. La analogía del ser, alma mater de la personalidad.

La analogía del ser no es entonces simplemente la obviedad infecunda que, a primera vista, se nos antoja la sentencia de Aristóteles, “el ser se dice de muchas maneras”, sino que contemplada desde el estremecimiento causado por la situación extrema, sintiendo la necesidad de que todos los hombres seamos habitantes de una única casa, y de que a esa casa le sea posible ensanchar indefinidamente su capacidad, la analogía deja de ser una obviedad infecunda y se convierte para la vida en *alma mater* de una perpetua novedad, ejemplaridad, profundidad, riqueza, variedad, fecundidad y progreso

VIII - 6. El ser unívoco no pasa de bidimensional.

El ser unívoco¹ sería, a decir de Aristóteles, el que solo se podría decir de una manera, la manera de la fuerza, la potencia y el dominio como dimensión activa, y la sensación y el sentimiento como dimensión pasiva. Es unívoco el concepto de ser que anida en la mente de aquel para quien “ser más” equivale simplemente a “poder más”, “tener más”, “dominar más” y “sentir más”. Estas personas no

¹ Más adelante , XIII – 3, le volveremos a contemplar como. el “homo faber”

pueden admitir que existan seres humanos superiores a ellos. En realidad están siempre en la cumbre del valer humano. Porque, aunque tengan que reconocer que hay otras personas que pueden más que ellos, perciben suficientemente que no por más poder son más, que el poder y el dominio no dan ser y que, por lo tanto, en realidad nadie puede sobresalir sobre ellos; de la misma manera que en un mundo bidimensional, la carencia de todo relieve nivelaría ¡claro está! la estatura de todos. Sólo que la nivelaría en cero. El único relieve que reina en ese mundo, si es que en él se instala alguna convivencia, es el falso producido por el crispado deseo de superarse y superar al prójimo en poder, que es el único deseo posible en un mundo en el que la mentalidad univocista y bidimensional cierra la puerta a cualquier auténtico afecto de respeto y amor al prójimo. Siendo así que la auténtica convivencia ha de edificarse sobre la necesidad metafísica e irrenunciable de ser el propio ser, y ha de apoyarse en el pilar de doble capitel del crecimiento del propio ser por comunión de amor con el ser ajeno, se postula para este pilar el necesario fundamento de una correcta concepción del ser como presencia. Solamente desde ese fundamento se puede instalar la vida en el ser. De lo contrario ni crecimiento propio, ni respeto y amor verdaderos. En resumen la verdadera convivencia humana se apoya en la analogía del ser, no en su univocidad.

Hay, pues, una cadena de mutua implicación entre los conceptos de instalación en el ser, ser-presencia, verdad ontológica, tridimensionalidad y analogía. Cualquiera de ellos es puerta para llegar a todos los demás, y entre los cinco iluminan a la persona humana, la autentifican y encauzan convenientemente la génesis y el desarrollo de la convivencia social.

VIII - 7. La instalación en el ser nos abre a las virtudes básicas.

Esto es posible porque la instalación en el ser, como las demás propiedades implicadas en ella, nos abren a las virtudes básicas y como constitutivas, fundamento de otras muchas virtudes prácticas.

Viviendo a nivel de ser tenemos habitualmente activada la conciencia del propio nuestro y su libertad radical o autoposesión, junto con su apertura a la verdad, bondad y unidad, y en ellas al ser de Dios y al de los prójimos.

Quien vive a nivel de ser, hace en sí unitariamente presentes todas las virtudes mencionadas: autoconciencia como ser, libertad, verdad, bondad, unidad y amor. Son las virtudes básicas del ser humano, virtudes que nos trasladan al Paraíso y nos capacitan para "vivir una vida tranquila y serena con toda piedad y dignidad" (1 Tim. 2,2). Fuente de concordia, gozo y fecundidad, y de cualesquiera otras virtudes humanas, forman –si están realmente asentadas en el ser y no en el tener, pretender o aparentar- un conjunto que siempre contendrá todas las virtudes, pero que se presentará ante mí o ante el prójimo con el rostro y la luz de la que en cada momento sea más necesaria.

METAFÍSICA DEL HOMBRE Y DE LA CONVIVENCIA O EL SURGIMIENTO DEL ESPÍRITU HUMANO DE LA INTIMIDAD DEL SER.

Así dispuestas las virtudes básicas de la vida asentada sobre el ser, cualquiera de ellas resulta ser puerta para el conjunto de todas ellas. Franqueando la cual, la Verdad que nos desborda, nos aboca y nos convoca a la unión con todo ser, incluso con el ser infinito.

Y hemos topado con un tema, el de la unión o amor, demasiado importante para dejarlo de lado sin atento análisis.